PIENSO, PERO NO EXISTO
(¡Y qué se le va a hacer!)

Comedia sasilustrada

Juan Aguirre Sorondo

Premio de Guiones de Teatro Breve
"Cafe Bar Bilbao" 2012

PERSONAJES

JOSEPH-IGNACE GUILLOTIN (1738-1814), médico, humanista y político.

CHARLES-HENRY SANSON (1739-1806), quinto de la dinastía Sanson, verdugos de Francia.

La cabeza de CHARLOTTE CORDAY (1768-1793), heroína antirrevolucionaria.

París, primavera de 1806.

Una mesa con dos sillas. Al fondo, una vieja alacena cubierta con una tela raída. A un lado, el marco de una pequeña ventana de apertura en vertical. En alguna parte, cesto con frutas y verduras donde sobresale una gran coliflor.

Cuando se hace la luz, un caballero de aspecto refinado vestido a la moda de comienzos del siglo XIX está examinando la ventana en su funcionamiento mecánico: palpa los raíles, sube y baja la hoja vertical mediante una cuerdita, comprueba la lengüeta de seguridad, etc. Es el doctor Joseph-Ignace Guillotin. En este día de la primavera de 1806 tiene 68 años.

Entra por detrás un tipo rústico, envuelto entre mantas. Es Charles-Henry Sanson, más o menos de su misma edad, pero mucho más decrépito.

SANSON: ¡¡¡DOCTOR!!!

El Doctor da un brinco y la hoja superior cae pesadamente cerrando la ventana.

DOCTOR: ¡Ay!

SANSON: Oh, cómo lo siento, qué torpe he sido… Discúlpeme, doctor… ¿Se ha hecho daño? Ruego que me…

DOCTOR: Nada, nada, no ha sido nada. Buenas tardes, monsieur Sanson.

SANSON: (*Servil*) Es un honor gigantesco recibirle en mi modesta habitación, Doctor. No sé cómo expresar lo que significa esta cortesía hacia tan humilde servidor... Yoooo… no tengo palabras para…

DOCTOR: (*Interrumpiéndole con autoridad*) Oí que se encontraba muy enfermo, monsieur Sanson. ¿Qué le pasa?

SANSON: Oh, no, no tenía que haberse molestado, no es nada… simplemente es… la edad…

DOCTOR: No aparenta buen aspecto.

SANSON: Estoy bien, sí, estoy… bueno…

Empieza a toser, se descompone. Echa una flema en una escupidera. Eso le alivia.

DOCTOR: (*Mirando la escupidera*) Sangre.

SANSON: Un esputo malaventurado… Nada preocupante, ya partió.

DOCTOR: Debería acostarse… Reposar…

Sanson se le queda mirando, extasiado.

SANSON: El Doctor…

DOCTOR: (*Desconcertado ante la profunda mirada del anfitrión*) ¿Cómo?

SANSON: El Doctor en mi casa… En casa del más innoble de todos los funcionarios de Francia y de Navarra… ¡Nunca lo hubiera imaginado! He tenido que esperar 68 años para que llegara este día… el más feliz de mi vida… El hombre al que más admiro está en… en… en mi casa. (*Rompe a llorar de emoción*)

DOCTOR: Bueno… Monsieur Sanson… Yo… solamente… quería saber si necesitaba algo…

SANSON: Hágame el favor… (*Limpia rápidamente la silla para que se siente*)

DOCTOR: No, no, debo irme… Déjelo… tengo quehacer…

SANSON: Comeremos algo… Y brindaremos por los viejos tiempos…

DOCTOR: No le conviene beber, Charles-Henry… Además, no he venido a molestarle sino precisamente a lo contrario, a ayudarle… Mejor es que se meta en cama y si quiere le puedo hacer… Oh, pero-pero… buen hombre no, por la lechuza de Minerva…

Ante el apremio de Sanson, el Doctor se sienta. El anfitrión recoge rápidamente la mesa, la limpia y acerca un queso, pan, dos vasos y una jarra de vino. Una vez todo dispuesto.

SANSON: Sí, esto debemos brindarlo… Brindar por el gran benefactor universal, un sabio que será recordado hasta el final de los tiempos como el que humanizó el tránsito hacia la muerte con la potente luz de la Razón. El inventor del auténtico "Pórtico de

la Gloria" de la civilización moderna. ¡Larga vida, Doctor! (*Gran gesto*)

Brindan y beben. A Sanson le sienta mal. Vuelve a ponerse malo.

DOCTOR: Se lo he dicho… Debería encamarse y permanecer bien abrigado… Si quiere le puedo hacer una flebotomía…

SANSON: ¿El qué?

DOCTOR: Una sangría. (*Saca un cortaplumas*) No hay nada como una buena sangría para eliminar los malos humores. Déjeme, déjeme, solo será una pequeña incisión…

SANSON: (*Apartándose*) No, gracias, sangrías no, no, sangría no… eso no…

DOCTOR: Como quiera. ¿No hay nadie en la casa para atenderle?

SANSON: Mi hijo… Pero a estas horas está trabajando… Últimamente no le falta faena: los enemigos del emperador Bonaparte hacen hora en espera de escupir sus traidoras cabezas sobre la cesta.

DOCTOR: El joven Henry Sanson, sí, lo he visto algunas veces ejerciendo en el patíbulo. Digno heredero de su padre. Todo un maestro en la técnica de operar a los pacientes, lo reconozco.

SANSON: Muchas gracias, Doctor, sus palabras son un gran honor... A los 10 años empezó conmigo en el oficio y ya tiene casi 40, así que eche cuentas. De mocoso ya manejaba el artefacto como un auténtico artista, ¿se acuerda?

DOCTOR: Sí, claro. Y con qué primor afilaba la cuchilla. Jamás he visto un releje tan limpio, hasta podías mirarte en él como en un espejo.

SANSON: Pero comamos un poco de queso, verá, verá qué rico está.

DOCTOR: No se moleste, no tengo apetito…

SANSON: Tiene que probarlo, es un queso 'munster' de los pastores de los Vosgos… Huela, huela… (*El doctor lo cata con la nariz, tuerce el gesto*) Como quien abre una tumba, ¿a que sí? Je, je, je… El cortador… ¿dónde he dejado el cortador?

DOCTOR: ¿Sigue yendo al teatro, monsieur Sanson?

SANSON: Cada vez menos, no tengo energías… ni dinero. Pero hay un amigo que trabaja en la ópera y de cuando en vez me da invitaciones. Sobre todo si representan algo de Mozart, él sabe cuánto me gusta… Ay, Mozart…

DOCTOR: Mozart, sí, por supuesto… (*Canturrea el dueto de Papageno y Papagena en "La flauta mágica", acto II, escena 9*) Pa-pa-pa…

SANSON: (*Siguiéndole el diálogo como Papagena*) Pa-pa-pa…

Los dos siguen cantando un momento el famoso dueto pa-pa-pa. Luego se "tronchan".

DOCTOR: Nunca antes se lo había confesado, monsieur Sanson, pero ha de saber que le considero todo un ejemplo del progreso de la humanidad en este siglo elevado por la gracia de las ciencias, las artes y los oficios. Un ejemplo vivo…

SANSON: Vivo, sí… de momento…

DOCTOR: Un hombre culto y sensible, pese a ser descendiente de un linaje de brutos… dicho sea esto con todo respeto a la memoria de sus antepasados, desde luego. Porque no es la sangre ni la herencia por ella transmitida lo que hace a los humanos mejores, sino el Conocimiento, la Higiene y la Moral.

Durante el siguiente pasaje, Sanson va poniendo sobre la mesa unas piezas con las que arma un artefacto manual para cortar el queso.

SANSON: En descargo de mis ancestros debo decir que el oficio de verdugo era muy distinto. Dar justicia y satisfacer a la decencia resultaban dos cosas difícilmente compatibles en tiempos de mi padre, mi abuelo, el padre de mi abuelo y el abuelo de mi abuelo quienes no obstante lo ejercieron con la mayor dignidad que les fue posible. El doctor lo sabe mejor que nadie: malamente toleran los hombres que el artesano del ahorcamiento tenga buenos modales, que el encendedor de hogueras humanas huela a perfume ni que un técnico en descuartizamientos rompa a llorar cuando la infeliz Ofelia se ahoga "arrastrada a una muerte cenagosa, en medio de sus dulces cantos"…

DOCTOR: "Hamlet", final del acto cuarto.

SANSON: Mi abuelo siempre se lamentaba: "Todo el mundo está a favor de dar muerte a los criminales, pero a quienes cumplimos con sus deseos nos miran con asco y con desprecio. ¡Qué terrible época!". Así lo decía Carlos II de la dinastía Sanson, verdugos de Su Majestad.

Sanson activa el artefacto de mesa y le da un tajo al queso. Le ofrece el pedazo cortado al Doctor, quien mira la máquina con interés: le recuerda algo.

DOCTOR: Muchas gracias. Pues sí, está bueno… Hmmm… Claro que la calidad del corte también contribuye mucho a su exquisitez. Curioso ese ingenio, nunca lo había visto.

SANSON: Lo compré a un buhonero que para en el mercado de La Bastilla. (*Después de una pausa, profundamente*) Usted nos sacó del ostracismo, doctor. Éramos humillados, insultados, condenados… "Funcionarios de Bajas Obras" se nos llamaba hasta que, dignificado por su invención, nuestro trabajo al fin se vio elevado. Entonces pasamos a ser designados como "Funcionarios de Altas Obras", y hasta nos concedieron derecho a voto como a cualquier otro ciudadano. Beso su mano, Doctor, que nos trajo el mejor regalo de San Nicolás…

DOCTOR: ¿San Nicolás dices?

SANSON: San Nicolás, claro, santo protector de los niños a los que trae regalos en diciembre, pero también patrono del gremio de los verdugos. Un regalo del cielo para beneficio de la humanidad fue lo que usted nos proporcionó, Doctor, sin duda bajo la inspiración de San Nicolás. Guardo grabadas en la memoria sus palabras ante la Asamblea Nacional cuando presentó su revolucionario y filantrópico avance. "Diputados, representantes de los Estados. La Ley ha de ser igual para todos"...

El Doctor se hincha de orgullo y, en un arranque, sube a la silla para revivir su intervención ante la Asamblea 17 años antes.

DOCTOR: Diputados, representantes de los Estados. La Ley ha de ser igual para todos. Igualdad en la protección de los derechos de los ciudadanos, igualdad en el castigo de sus faltas. Ante la vida como ante la muerte todos somos iguales, y esto han de saberlo tanto las parteras como los verdugos, quienes ayudan a venir al mundo como quienes asisten para salir de él.

SANSON: (*Aplaudiendo*) Bravo, muy bien… ¡Viva el ciudadano Guillotín!

DOCTOR: "Todo lo que va más allá de la simple muerte, me parece una crueldad". Haciendo mías estas palabras del gran Montaigne, he diseñado una máquina que une la ciencia médica con la mecánica para terminar con la crueldad y el horror que reinaba en los cadalsos del viejo orden aristocrático. Una máquina ilustrada que llevará Humanidad, Igualdad y Racionalidad a la pena capital. Humanidad porque la muerte ya no entraña sufrimiento alguno. En un abrir y cerrar de ojos, la cabeza salta de su tronco y la vida, ¡bluf!, se extingue como una flor de soplar.

SANSON: Ohhhhh, qué bonito.

DOCTOR: Igualdad porque todos los ciudadanos serán ajusticiados de una misma e idéntica manera, sin distinción de clases ni de rentas. Y Racionalidad porque se trata de algo tan simple y eficiente como una operación de geometría: un triángulo rectángulo cae sobre una esfera la cual queda aislada por una línea secante. Por angustiosa que sea la febrilidad del paciente o por torpe que se muestre el verdugo en su faena, el descabezamiento resultará impecable, sin falla alguna. En definitiva, un formidable progreso científicamente diseñado para el engrandecimiento de una época formidable.

SANSON: (*Aplaudiendo*) Bravo, bravo… ¡Viva el ciudadano Guillotín! ¡Y que viva LA GUILLOTINA!

DOCTOR: (*Alterado*) ¿Guillotina? No, no, alto, no me parece un nombre adecuado… yo… Un momento… Mi apellido no…

SANSON: ¡Sí, sí, guillotina, guillotina que tiene mucha rima: libertina, cantarina y danzarina, nicotina —porque al que fume en el futuro… (*Gesto de cortar el cuello*)—, trementina, repentina, rutina…! ¡Sí, sí, guillotina, guillotina, para que así la podamos cantar que es lo que más nos gusta al pueblo…!

Se oye un coro cantar "La Marsellesa" con la letra cambiada:

Oh tú divina guillotina,
el gran invento de Guillotín.
Ya no habrá que tomar aspirina,
y armaremos la de San Quintín.

Y armaremos la de San Quintín….

El Doctor mueve cabeza y ojos, sin entender de dónde proviene ese extraño cántico. Empieza a cambiar la luz, el escenario poco a poco se va envolviendo con sombras en un ambiente de irrealidad que irá in crescendo hasta el final de la representación.

SANSON: Fue la epifanía de un nuevo misterio con que los ciudadanos y ciudadanas libres empezaron a honrar a la Diosa Libertad. La liturgia de la guillotina. En torno a ella el pueblo se reúne en las plazas de pueblos y ciudades de toda Francia para celebrar el santo sacrificio de la Revolución. Da igual que sean aristócratas, burgueses o plebeyos, para todos sigue siempre el mismo ritual. (*Solemne*) Comienza la misa roja: entrada del reo sobre la carreta.

Empuja la silla, sobre la que sigue aún en pie el doctor, y la desplaza.

DOCTOR: Pero… Sanson… pe-pe-pe… ¿pero qué hace...? ¡Socor…!

SANSON: Le recuerdo que el pueblo admira a los condenados que se presentan al sacrificio con la cabeza bien alta. A esos se les aplaude y hasta nos quitamos el sombrero a su paso. En cambio, a los llorones y suplicantes les cae lluvia de tomates podridos y escupitajos. Por un afán de fraternidad, el pueblo republicano desea ver a sus conciudadanos muriendo con dignidad. Incluso felices, si no es mucho pedir.

DOCTOR: Estás en lo cierto. Hay que actuar con grandeza, con gesto impasible… tan impasible como el de ella: "La Viuda" a la que nada conmueve.

SANSON: ¡La Viuda! Así llama el pueblo a la guillotina. La Viuda. Que ni ríe ni llora ni se compadece. Allí se alza ella, mírela, hemos llegado. (*Simula ruido de muchedumbres*)

DOCTOR: Sí, arriba La Viuda, alzada sobre el patíbulo. Y abajo… un mar de cabezas... Cómo las envidio... Todas redondas, risueñas y bien atornilladas sobre sus cuellos…

SANSON: ¡Baje de la carreta, ciudadano! (*El Doctor desciende*) Segundo paso: despojamiento del paciente. (*Le arranca la chaquetilla*)

DOCTOR: Ojo, Sanson: ¿y si es mujer?

SANSON: Ah, entonces… El decoro por encima de todo. Hubo un torpe matarife que desvistió tan bruscamente a una dama que se le vieron los senos. Un escándalo intolerable. Los senos al aire, imagínese. Durante meses en París no se habló de otra cosa.

DOCTOR: ¡Qué indecencia, hasta ahí podíamos llegar! Usted nunca hubiera cometido tal indelicadeza, monsieur Sanson.

SANSON: Muchas gracias. Tercero: corte de pelo. (*Saca unas tijeras*)

DOCTOR: Correcto. La guillotina no es una barbería sino un instrumento científicamente diseñado. A ver Sansón: ¿qué es lo que yo siempre he advertido al respecto a los Funcionarios de Altas Obras?

SANSON: (*Apurado en el examen*) Eooohhhh… Ah, sí: "Una mata de pelo puede obstaculizar el corte limpio del pescuezo. El paciente debe llegar al tajo con la melena bien corta".

DOCTOR: Aprobado.

SANSON: Entra entonces en liza el confesor… Mucho cuidado con él, señor.

DOCTOR: ¿Por qué lo dices, verdugo?

SANSON: No hay buena despedida en mala compañía... (*Haciendo de confesor*) Hijo mío, ha llegado tu hora… ¿Quieres que recemos juntos?

DOCTOR: Yo no creo en Dios, padre.

SANSON/Confesor: Yo tampoco hijo, pero eso no tiene importancia. ¿Tú no has leído al gran Pascal?

DOCTOR: ¿A Pascal? No.

SANSON/Confesor: Pascal aconseja a las personas inteligentes encomendarse a Dios por una cuestión de utilidad. ¿Que finalmente Él no existe? No has perdido nada. ¿Que sí existe —oyes, cosas más raras se han visto—? Pues eso que sales ganando en la otra vida. ¿Qué te parece?

DOCTOR: ¿Sabe que me ha convencido? Recemos, pues…

SANSON: (*Volviendo a su papel de verdugo*) ¡Se acabó el tiempo! ¡Al patíbulo!

Con un movimiento rápido, Sanson acuesta al Doctor sobre la mesa en posición ventral y con las manos a la espalda.

DOCTOR: (*Profesoral, girando la cabeza hacia el público*) Es muy importante que la colocación del paciente sobre la plancha sea la adecuada. Esto significa que debe estar perfectamente inmovilizado y con las manos bien atadas. Todo por evitarle sufrimientos. Ojo, Sanson: ¿y si es mujer?

SANSON: Euh… Si es mujer… si es mujer… Ah, sí, si es mujer con las faldas bien recogidas para asegurar el decoro. Siempre hay mirones en las primeras filas curioseando entre las enaguas.

DOCTOR: Correcto. Sigamos.

Alza la ventana de guillotina. Empuja la mesa hacia ella de modo que la cabeza queda asomando al exterior.

SANSON: ¡¿Listo todo el mundo?! (*Al Doctor*) Así lo tenía por costumbre, Doctor...

DOCTOR: Perfectamente. Verificamos en el último instante que cada operario está científicamente dispuesto y cada cosa científicamente ajustada. Procedamos, pues.

SANSON: ¡Santa Guillotina, desciende sobre nosotros!

Sanson suelta el cordón que sujeta la ventana y la hoja cae sobre la cabeza del Doctor.

Oscuro.

DOCTOR: ¡Ay!

Sonidos de aplausos y batahola de muchedumbre.

Cuando vuelve la luz, Sanson enseña al público una gran coliflor agarrada por las hojas verdes en su brazo alzado.

La mesa ha vuelto a su posición inicial y, sobre ella, el Doctor está plegado: no se le ve la cabeza, por lo que entre sombras puede dar la impresión de un cuerpo decapitado.

Tarareando la "Marche pour la cérémonie des Turcs" de Lully, Sanson da una vuelta imperial a la escena con la coliflor en alto. Aparece transportado y transformado, como poseído en un vuelo entre lírico y hortelano.

SANSON: Es mi momento favorito... Cuando la cabeza chorreante del enemigo del pueblo se pasea por el proscenio ante el júbilo popular. Por unos segundos me siento como un virtuoso aclamado sobre la escena del más monumental de los teatros al final de una gran representación.

Se recrea. Los gemidos del Doctor disuelven el momento.

DOCTOR: Ay, ay, ay…

SANSON: ¿Qué tiene, doctor?

DOCTOR: Mi cuello… Ay, qué dolor…

SANSON: Permítame… (*Le palpa*)

DOCTOR: Ay, ay, ayyyyyy…

SANSON: Cervicales. No hay duda.

DOCTOR: No estoy científicamente diseñado para tanto ejercicio… ni tampoco para tantas emociones…

SANSON: Esto tiene fácil arreglo.

DOCTOR: ¿Seguro?

SANSON: Dentro del catálogo de males que pueden afectar a un cuello este es de los menos graves, se lo digo yo. Se soluciona simplemente así…

Tomando entre manos la cabeza del Doctor, ejerce un giro rápido con presión. Suena un castañeteo de huesos. Ni que lo hubiera desmontado.

DOCTOR: ¡Aaaaay! Pero bestia, ¿qué ha hecho? ¡Mi cuello…! ¡Pobre cuello…! ¿Eh...? Vaya, pues… Mi cuello… mira por dónde… parece que está mucho mejor... ¿Qué digo? Está fenomenal, incluso mejor que antes. Es usted un baúl de sorpresas, amigo Charles-Henry. Un baúl de sorpresas… Una pregunta. En el momento consagrado a la liberación de la cuchilla ha dicho algo que…

SANSON: "¡Santa Guillotina, desciende sobre nosotros!". Así lo hice siempre en las más de tres mil intervenciones que profesionalmente realicé en la guillotina París entre 1792 y 1802, año de mi jubilación. ¿Le parece mal?

DOCTOR: No, no… Pero qué extraña expresión…

SANSON: Yo… levantaba la mirada y… al ver recortado contra el azul del cielo aquel "Pórtico de la Gloria", es que me brotaba del corazón… ¡Santa Guillotina, desciende sobre nosotros!

Se escucha al coro de voces de antes, rezando ahora un rosario.

Santa Guillotina, protectora de los patriotas…
Ora pronobis.

Santa Guillotina, espanto de los aristócratas…
Ora pronobis.

Santa Guillotina, hipóstasis de la Revolución…
Ora pronobis.

Máquina amable.
Ora pronobis.

Máquina admirable.
Ora pronobis.

Máquina entrañable.
Ora pronobis.

Refugio de los sanculotes.
Ora pronobis.

Consuelo de los desahuciados.
Ora pronobis.

Santa Guillotina, líbranos de nuestros enemigos y protégenos de los tiranos.

En el nombre del…

Durante este rezo, el Doctor se ha agitado nerviosamente buscando el origen de las voces. Va de un lado a otro hasta que, por fin, descorre la tela de la alacena. De pronto las voces callan. En sus estantes hay un montón de cabezas momificadas.

Silencio. Estupefacción.

DOCTOR: ¡Por todos los cielos…!

SANSON: (*Descompuesto*) Oh. Acaba de descubrir mi secreto más íntimo y mejor guardado…

DOCTOR: Es… es… impresionante… Pero Sanson, ¿cómo ha sido capaz…?

SANSON: Prométame que no me denunciará… Prométamelo, Doctor… Yo las robé, sí, es verdad que las robé una a una después de las ejecuciones pero tenía derecho porque eran mis obras… De algún modo me pertenecen…

DOCTOR: (*Fascinado*) Hijos e hijas de La Viuda.

SANSON: Eso es, hijos e hijas de La Viuda, perfectamente disecados. No hay otra colección igual en todo el Imperio ni acaso en el mundo entero. Hubiera podido ganar millones, pero yo no la vendo… Son mis Altas Obras de funcionario, mi currículum vitae el que está ahí, no hay dinero para pagarme eso…

DOCTOR: (*Da un paso atrás y se lleva la mano a la boca*) ¡Ohh!

SANSON: ¿Qué tiene?

DOCTOR: (*Señalando con un dedo tembloroso*) ¡Cha… Cha… Charlotte…!

SANSON: La misma. Charlotte Corday, la magnicida del revolucionario Jean-Paul Marat, más conocido como "el Amigo del Pueblo". Charlotte le acuchilló a traición y fue condenada a la pena capital. Desde entonces ocupa un lugar de honor en el panteón

de los mártires de la causa borbónica. Pero solo sentimentalmente, porque su cabeza la tengo yo.

DOCTOR: Sigue igual de bella que entonces... Charlotte… La joven Charlotte, pequeño ángel de la muerte. ¿Qué dice la etiqueta?

SANSON: (*Coge la etiqueta que lleva colgada como las restantes cabezas y lee:*) "Charlotte Corday. Guillotinada el miércoles 17 de julio de 1793 por la tarde en la Plaza de la Revolución de París. Firmó el trabajo el maestro Sanson. Al caer la cuchilla, el carpintero Legros que asistía desde el escenario, tomó la cabeza y delante de todo el mundo le dio una bofetada".

DOCTOR: Es verdad, sí, y entonces… la mejilla enrojeció… con un rubor de vergüenza. Todavía sigue ahí esa sombra encarnada, ¿la ves? Prodigioso… Una cabeza embriagadora como ninguna…

SANSON: Estoy de acuerdo. Puede que sea la mejor de toda mi colección, si el tirano Robespierre me lo consiente, claro. (*Hace un gesto hacia la cabeza del jacobino*)

DOCTOR: (*Se ha quedado "tocado" con el descubrimiento*) ¿Cómo puede ser que una cabeza separada del cuerpo responda al estímulo de una bofetada? Eso va contra el principio en que se sustenta mi invención científicamente diseñada. "En un abrir y cerrar de ojos, la cabeza salta de su tronco y la vida, ¡bluf!, se extingue como una flor de soplar".

SANSON: Bueno, es que una cosa es la teoría y otra…

DOCTOR: ¿Qué quieres decir?

SANSON: No, si yo… científicamente no sé nada…

DOCTOR: ¿Insinúas que siguen vivas tras rodar al pie de la máquina? ¡Responda usted, monsieur Sanson!

SANSON: Yo solo puedo hablar de lo que mis sentidos han experimentado, Doctor… Y le digo que… Al levantar cabezas, muy a menudo he sentido que me miraban… con un fulgor…

DOCTOR: ¿Con vida…? ¿Cabezas con vida?

SANSON: Y hasta con algo más que un fulgor…

DOCTOR: (*Tras un momento, intentando ahuyentar una idea aterradora*) Ah bueno, ya, claro… pero eso pertenece a la mecánica del sistema nervioso... Una causa-efecto bien conocida por la Biología animal. Así como a un gallo si lo decapitas sigue andando o la cola de una lagartija después de segada de su cuerpo todavía culebrea, por la misma causa científica la cabeza emite unos últimos gestos reflejos. Pero eso no significa que…

CABEZA DE CHARLOTTE: No se me pasa la migraña, Doctor…

DOCTOR: ¿Quién ha hablado?

CABEZA DE CHARLOTTE: La tengo ahí puesta, y no hay modo… ¿Qué me recomienda?

DOCTOR: ¡Charlotte…! Estoy soñando… Esto es científicamente imposible…

SANSON: Se lo estaba intentando decir, Doctor: algunas cabezas viven después de cortadas. Todos los verdugos lo sabemos. Algunas sonríen, otras te lanzan un guiño o sueltan un reguerito de lágrimas... En el caso más extremo, incluso hablan... y hablan y hablan…

DOCTOR: (*Fuera de sí*) ¡Eso es imposible! ¡Va contra los fundamentos científicamente diseñados de la Razón, de la Química, de la Física, de la Metafísica y del Coño de la Bernarda!

CABEZA DE CHARLOTTE: Pienso luego existo, dijo Descartes. "Cogito ergo sum". Pero nuestro caso es distinto: Pienso pero no existo. "Cogito sed non sum". Bueno, o como sea porque llevo tanto tiempo aquí metida que se me ha olvidado el latín que aprendí con las monjas.

DOCTOR: No, no, esto es una pesadilla… No puede estar ocurriendo lo que está ocurriendo… Voy a despertarme y comprenderé que era todo una quimera… El sueño de la Razón produce monstruos… Despierta, Joseph-Ignace, despierta...

SANSON: Lo siento de todo corazón, Doctor. Siento que haya tenido que ser en mi casa donde se le encendieran las luces a esta realidad que quizá no sea científica… pero es.

DOCTOR: ¿Cómo podré levantarme cada mañana y dormirme cada noche sabiendo que…? ¡Me va a traer de cabeza!

CABEZA DE CHARLOTTE: Y pensar que yo le admiraba… Sí, Doctor, yo le admiraba. A diario acudía a la plaza a ver funcionar su ingenio y pensaba: ¡qué magín grandioso ha de ser el que ha producido eso! ¡Qué cerebro privilegiado! Yo quería conocerle, soñaba con hablarle, quizá incluso, ¿por qué no?, intimar con el doctor Joseph-Ignace Guillotín, humanista, discípulo de Hipócrates, y uno de los padres de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789. (*Media pausa*) Un día se me presentó la ocasión. Por un azar llegó a mis oídos que esa noche cenaba en Le Procope, y a la taberna acudí, me aposté en su puerta y permanecí en espera horas y horas. Ya estaba atardeciendo cuando llegó acompañado de varios amigos. Nunca le había visto y sin embargo le reconocí. Su cráneo era distinto a todos los demás que circulaban por París. De una solidez incomparable. Yo me acerqué y le dije: "Doctor, he venido desde muy lejos para conocerle. Quiero hablarle…". Usted me miró y frunció el ceño, enseguida comprendí que me había tomado por una prostituta o una demente… Me cortó la palabra y me apartó de su camino con desdén… Sus amigos me arrojaron a golpes amenazándome que me matarían si volvía a acercarme a usted.

SANSON: El Doctor Guillotin siempre tuvo fama de "tajante". Científicamente hablando.

CABEZA DE CHARLOTTE: Me sentí abatida y humillada, lloré sin consuelo toda la noche. "Está bien —me dije—, si no puedo tener acceso a él, cuanto menos probaré su instrumento". En ese momento resolví matar al revolucionario Marat, el Amigo del Pueblo.

DOCTOR: ¡Estás loca!

CABEZA DE CHARLOTTE: Es un hecho históricamente comprobado que de la chaveta no ando demasiado bien.

DOCTOR: ¡Sanson, sáqueme de aquí…! ¡Ya no puedo más! ¡Estoy enfermando!

CABEZA DE CHARLOTTE: Aún le falta algo por escuchar, Doctor Guillotin. A propósito de la bofetada…

DOCTOR: ¿Qué pasa con la bofetada?

CABEZA DE CHARLOTTE: Hace un momento dijo la verdad, una verdad de la que nadie más que usted pudo percatarse entre las miles de personas que llenaban la plaza. No me ruboricé de dolor, sino de vergüenza. Cuando aquel estúpido carpintero me levantó ante el público y me abofeteó, quiso el azar que mis ojos se cruzaran con los suyos. Usted estaba entre el público…

DOCTOR: Sí, yo estaba allí y tuve la impresión de que… en efecto, nos mirábamos… Fue una impresión incluso científica…

CABEZA DE CHARLOTTE: Nos miramos, sí, y yo sentí vergüenza de que me viera con ese aspecto… Estaba como desnuda… qué digo, peor que desnuda…

DOCTOR: (*Profundamente conmovido*) Charlotte… Charlotte… Charlotte…

Suenan las primeras estrofas de "Charlotte for ever" cantado por Serge y Charlotte Gainsbourg. A su ritmo, pequeña coreografía entre el Doctor y la cabeza de Charlotte Corday.

Charlotte
Charlotte for ever
Petit papa rêveur
Charlotte
Charlotte for ever
À jamais dans mon cœur

Charlotte
Charlotte for ever
Recherche d'un never
More yes for ever
Tous les amours se meurent.

Sanson sufre un nuevo ataque, esta vez mucho más intenso. El Doctor corre a asistirle; se le ve deshecho, está en las últimas.

DOCTOR: ¡Sanson, Sanson! ¡Responda…!

SANSON: Me muero, doctor… Esta vez me toca a mí… ¿Es mucho pedirle si… me abraza?

El Doctor lo acoge en su regazo.

SANSON: Ahhh… Qué lujo de muerte para el más innoble de todos los funcionarios de Francia y de Navarra… ¡Nunca lo hubiera imaginado! En brazos del Doctor Guillotin. Prométame que la cuidará… La dejo en sus manos. Seguro que a su lado acabará sentando la cabeza. Au revoir!

Sanson muere. La Cabeza de Charlotte rompe a llorar. Largo silencio.

DOCTOR: (*Mira a Charlotte*) ¿Y ahora?

CABEZA DE CHARLOTTE: ¿Qué puede esperar de mí? Seré un engorro… Una pobre chica, sin nada, llena de pájaros…

DOCTOR: No digas eso, eres inteligente. Por cierto, ¿qué tal la migraña?

CABEZA DE CHARLOTTE: Ahora que lo pienso, ha desaparecido. Ahora que lo pienso, no existo…

DOCTOR: ¡Y qué se le va a hacer! No por eso te voy a dejar aquí con toda esta colección.

CABEZA DE CHARLOTTE: Pa… pa… pa…

DOCTOR: ¿Pa… paciente?

CABEZA DE CHARLOTTE: Pa… pa… pa… papá…

DOCTOR: (*Empieza a cantar el dueto de Mozart que ya conocemos*) Pa, pa, pa, pa…

CABEZA DE CHARLOTTE: (*Le replica*) Papa… papaáaa…

DOCTOR: Serás la hija que nunca tuve y con la que siempre soñé. Pa, pa, pa, pa…

CABEZA DE CHARLOTTE: Primero hija de La Viuda y ahora además hija del padre de La Viuda. ¡Qué lío, ¿no?! Papa… papaáaa…

DOCTOR: Un lío, sí, porque la vida es un lío, hija mía… Pero nunca lo olvides: un lío científicamente diseñado.

Apoteosis: cantan los dos el dueto de Papageno y Papagena, esta vez con acompañamiento musical grabado. Sonrientes, felices y

optimistas como en el último acto de una ópera bufa. Se vuelven y miran al público. Pa-pa-paa….

OSCURO Y FINAL DE LA COMEDIA SASILUSTRADA

de

Juan Aguirre Sorondo

Donostia, noviembre 2.012